

Bibliografía

UNA INTERPRETACION POLEMICA Y BRILLANTE DEL DESARROLLO CAPITALISTA DE EUROPA

Estudios sobre el desarrollo del capitalismo, MAURICE DOBB, Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1971, 462 pp.

Existe un oportuno refrán popular, aplicable a variados hechos y circunstancias, que dice: "más vale tarde que nunca". Quizá su aplicación general sea dudosa, pero los lectores atentos no pueden menos que congratularse de la pertinencia ocasional del aserto, ya que la miope política editorial mantuvo impublikadas durante bastante tiempo obras fundamentales como la de Schumpeter y ésta de Dobb. Curiosamente, el tiempo de su forzada ignorancia —1946 a 1971— coincide con una etapa importante en nuestro país. De una manera general, a lo largo de ella, hemos transitado de la aceptación de los grandes mitos de nuestra historia, a la clara conciencia de la necesidad de su destrucción.

Por una parte, después del impresionante "despegue" económico que parecía conducirnos por la senda "milagrosa" de la prosperidad nacional, aparecieron los síntomas graves e inquietantes que han puesto en entredicho la viabilidad del modelo mexicano. Lo que ha quedado al desnudo son algunas constantes históricas que ligan todo nuestro pasado histórico con la realidad compleja del presente. Como contrapartida, en el plano teórico se han generado nuevas actitudes. Por ejemplo, algunos

de los interesados en analizar y explicar esa realidad han pasado de la descripción y la narrativa cuantitativas, a la duda y la reflexión sobre el contenido de nuestra historia. Otros, que aplicaban esquemas globales más ubicados en el terreno doctrinario, sintieron la urgencia del nutriente empírico. Además, otros que sistemáticamente permanecían encerrados en la tarea monográfica y la armazón lenta del rompecabezas, experimentaron la seducción de la visión global y totalizadora. A todo ello no ha sido ajeno el fermento ocasionado por las interpretaciones a menudo traumatizantes, pero también ilustrativas, de los investigadores extranjeros, principalmente norteamericanos. Sin embargo, empieza a ser evidente que la agudización de la problemática real es la que nos conducirá cada vez más hacia una ligazón correcta entre los campos de la historia y la teoría en sentido amplio.

Para este efecto, el libro de Dobb constituye un ejemplo aleccionador. Son notables tanto la claridad y el vigor conceptual con que interpreta y ubica los hechos, como la acuciosidad con que se allegó e integró la información. El resultado es un esquema interpretativo multidisciplinario del desarrollo capitalista en Europa y, en especial, un brillante reexamen del modelo inglés. La polémica auspiciada por su obra continúa siendo prolífica y productiva en el exterior.¹ En nuestro país, disponer de él posiblemente habría contribuido a desbrozar y ubicar una discusión que a menudo es farragosa y viciada en los planteamientos y poco alimentada por las investigaciones pertinentes.

¹ Véase "Una polémica fructífera", *Comercio Exterior*, México, octubre de 1968, pp. 922-923.

El profesor de Cambridge nos dice que es correcto hablar no de una simple historia del capitalismo como modelo general, sino de una colección de historias del mismo, las cuales tienen una similitud en la forma, pero con distintas cronologías en sus etapas principales. Sin embargo, aunque afirma que no es posible encontrar sistemas económicos en forma pura, sostiene que cada período histórico es moldeado bajo la influencia preponderante de una forma económica más o menos homogénea, la cual es caracterizada por la naturaleza de un tipo predominante de relaciones socioeconómicas. De aquí que, como primera aproximación, considere necesario ignorar las complejidades presentes en una situación dada. Pero posteriormente el doble manejo de la diversidad y la homogeneidad de las distintas situaciones es lo que constituye la pauta metodológica que le permite aplicar su concepción de los sistemas socioeconómicos en la periodización del desarrollo histórico.

Antes de intentar propiamente esta periodización, Dobb esclarece el terreno por abarcar y define las categorías que serán utilizadas. Por principio, no se embarca en discusiones estériles de tipo ideológico; por lo contrario, sólo intenta ubicar el significado de los distintos conceptos y nociones que han servido de punto de partida a otros investigadores, a fin de compararlos con el suyo. En este aspecto le parece fundamental esclarecer qué entiende por capitalismo y feudalismo, conceptos no siempre claros a pesar del uso frecuente de estos términos.

En esta secuencia, toca las connotaciones usadas por la escuela austriaca, la cual identifica al capitalismo con un régimen de *laissez-faire* y libre competencia. Sin embargo, dedica mayor atención a otras definiciones como las de Sombart y Weber. Respecto a ellas, Dobb considera que tanto la noción del espíritu capitalista como la identificación primaria del capitalismo con un sistema comercial, comparten el defecto común de fijar la atención en el acto de la inversión adquisitiva del dinero. Esto origina concepciones tan vagas que finalmente desembocan en la conclusión de que casi todos los períodos de la historia han sido capitalistas, al menos en algún grado. Además, si el espíritu capitalista es en sí mismo un producto histórico, Dobb se pregunta qué causó su aparición en una etapa histórica determinada. O sea, que si la emergencia de un nuevo sistema económico ha de ser explicada en términos de una idea —la ética protestante por ejemplo— ella debe contener en embrión y por adelantado la esencia del futuro sistema; pero a su vez, ello nos lleva necesariamente al problema de explicar la afloración completa de aquella idea, en forma anticipada a la existencia misma del sistema. Esto significa que si adaptamos los esquemas de estos autores, las interrogantes históricas siguen en pie. Pero en última instancia, para el autor la justificación final de cualquier definición debe descansar en su posibilidad de empleo satisfactorio para iluminar el proceso actual de desarrollo histórico.

Para algunos críticos colocados en la corriente del materialismo histórico, Dobb no fue tan riguroso en la definición del feudalismo. En especial, Sweezy considera que aquél "... definió una familia de sistemas sociales, todos los cuales se basan en la servidumbre..." A nuestro juicio, tal señalamiento es correcto, con lo cual se hace evidente la pertinencia de las discusiones metodológicas como condición previa de rigor científico en cualquier investigación; y, además, nos muestra que el campo teórico en el cual nos podemos lanzar a rastrear en nuestra evolución histórica, está abierto y virgen. Sin embargo, esto no sustituye la necesidad de un juego de categorías elaboradas bajo supuestos explícitos y rigurosos, a la manera de nuestro autor.

Dobb distingue tres fases decisivas en la carrera del capitalismo inglés: la primera y previa a las otras fue la desintegración del feudalismo; la segunda fue la transformación social y política que culminó en la revolución cromwelliana; la tercera y más radical en la esfera económica fue la Revolución industrial. La primera implica desentrañar las características del período de transición y, en especial, la identificación del modo de producción; a ella dedica el autor una parte importante del texto, en la cual coloca y evalúa los distintos factores que interactuaron. Respecto a esta transición, Dobb aclara que la desintegración del modo feudal ya había alcanzado una etapa avanzada antes de que se desarrollara el modo de producción capitalista, y que esta desintegración no precedió a este desarrollo en un sentido de asociación estrecha. Respecto a la última fase, la tarea interpretativa le parece formidable y compleja, sobre todo en su etapa final enmarcada en el siglo XIX. Para él, en este período se acelera el "tiempo histórico" en forma antes inimaginada. Sin embargo, para Dobb su significación yace menos en la velocidad del cambio tecnológico en sí mismo, cuanto en su estrecha conexión con la estructura de la industria y las relaciones sociales y económicas. En realidad, aunque el autor examina el origen, aplicación y difusión de las innovaciones técnicas, enfoca su atención básicamente hacia las "esquinas aún oscuras" del proceso; en ellas encuentra que se comete un error al suponer que las relaciones sociales actuaron como reflejo pasivo del proceso técnico. En su concepto, los cambios en las relaciones sociales ejercieron una influencia recíproca y a veces decisiva sobre la forma de aquél.

Sería difícil resumir detalladamente en este espacio los aspectos principales tratados por Dobb en cada una de estas fases. Pero al menos trataremos de exponer las tesis que en forma más sobresaliente rebaten planteamientos anteriores comúnmente aceptados.

Por ejemplo, existe una interpretación sumamente familiar que atribuye a la reanudación del comercio en Europa después del siglo XII, un papel fundamental en la disolución del orden feudal. Junto a esta hipótesis, sostenida con toda seriedad por historiadores de la talla de Pirenne, se han agregado versiones extremas que consideran la irrupción de la economía monetaria como la condición suficiente y decisiva para la declinación del sistema feudal.

Dobb muestra que el estudio comparativo en diversas partes de Europa —e incluso en diferentes regiones de Inglaterra— de la influencia del comercio sobre la estructura feudal, arroja resultados opuestos a los que cabría esperar. Por ejemplo, en las áreas agrícolas de producción predominante para el mercado, o en las cercanas a los centros de exportación, no hay evidencias de una conmutación de los servicios en trabajo prestados servilmente por el pago de una renta monetaria. De hecho, en estas regiones, la ampliación *per se* de la economía monetaria provocó una intensificación en las relaciones de servidumbre. A juicio de Dobb, hay indicios suficientes para considerar que fue la ineficiencia del feudalismo como sistema de producción la responsable de su declinación. Desde luego, no hay que olvidar que otros factores también hicieron sentir su influencia. Por ejemplo, la necesidad creciente de ingresos monetarios para sufragar la magnificencia de la vida cortesana ocasionó en los señores feudales ejercieran una presión mayor sobre los productores directos; esta presión aumentó a tal grado que se hizo intolerable. Sin embargo, hay factores poco atendidos por otros autores a los que Dobb otorga una importancia verdaderamente crucial. En tal caso coloca la abundancia o escasez de la mano de obra y la posibilidad de su explotación; la cantidad de tierra

disponible para ampliar el área de cultivo, y el nivel prevaleciente en la productividad del trabajo. En general, considera que la transición hacia la renta monetaria ocurrió más fácilmente en aquellas situaciones en que el producto neto del trabajo era elevado. Por lo contrario, donde la fuerza de trabajo escaseaba por las hambrunas y las epidemias, y la tierra era el factor abundante, la autoridad señorial tendió a retener la mano de obra y a elevar las exacciones en lugar de conmutarlas. La conexión entre la ampliación del mercado y la transición hacia el trabajo asalariado y la *aparcería* operó, según el autor, por la influencia ejercida por el comercio sobre un proceso subyacente de diferenciación social entre los campesinos.

Por otra parte, también es erróneo suponer que las ciudades hayan desempeñado en esta etapa el papel de "microcosmos del capitalismo". Su mera existencia no presupone un disolvente de las relaciones feudales. En realidad en sus inicios y hasta el siglo XV, las ciudades funcionaron como parásitos sobre el cuerpo de la economía feudal.

En el capítulo dedicado a analizar el origen de la burguesía, Dobb esclarece el planteamiento anterior. Considera que en las nacientes ciudades el método por el cual los ciudadanos —aquellos que poseían tierra en el burgo— adquirían sus ingresos, era más importante que las diferencias en su magnitud o las originadas por el *status* social. La sociedad urbana se basaba en lo que Marx denomina "régimen de pequeña producción"; en una economía de ese tipo el margen de ganancia era estrecho y, evidentemente, la fuente de acumulación no podía provenir de ganancias inesperadas. Pese a ello, surgió una incipiente burguesía urbana que mediante un mecanismo especial se enriqueció y vivió ostentosamente. Fue una clase de comerciantes especializada en las transacciones a largas distancias la que aprovechó la estrechez y separación de los mercados locales, fijó condiciones monopolistas y desarrolló sus ganancias a través del margen existente entre dos juegos de precios: los de compra y los de reventa. Dado que la condición de su existencia como clase fue el monopolio ejercido a través del poder político, el capital comercial permaneció como parásito del viejo orden sin constituirse en fuerza revolucionaria. En realidad, no demoró mucho tiempo en orientarse hacia el préstamo usurario y la compra de inmuebles urbanos como campos más lucrativos y seguros. El bloqueo expreso del acceso de nuevos miembros a estos gremios de comerciantes, junto con el control del gobierno de la ciudad, desembocó en una etapa más avanzada en un monopolio urbano, que tomó respecto al campo la forma calificada por Dobb de "colonialismo urbano".

En esta primera etapa, el capital comercial sólo tuvo una relación externa al modo de producción. Pero posteriormente creció su influencia a fin de explotar con mayor efectividad el sistema prevaleciente, "básicamente deteriorando las condiciones de los productores directos... y absorbiendo su trabajo excedente..." Pero también su acción estuvo orientada hacia la transformación de este modo de producción para obtener beneficios mayores y abastecer mercados más amplios. Siguiendo a Marx, Dobb piensa que este desarrollo siguió dos vías. De acuerdo con la primera, la "vía realmente revolucionaria", una sección de los mismos productores acumuló capital para comerciar, y con el tiempo empezó a organizar la producción sobre una base capitalista, libre de las restricciones impuestas por los gremios de artesanos. De acuerdo con la segunda vía, una sección de la clase comerciante existente empezó a "tomar posesión directa sobre la producción", con lo cual actuó históricamente como un modo de transición, pero eventualmente se convirtió en "un obstáculo para un modo de producción realmente capitalista". Su destino fue declinar conforme se desarrollaba este último.

Algunos autores han calificado de aportación realmente valiosa esta búsqueda histórica realizada por Dobb para esclarecer el origen de la manufactura y el de la moderna burguesía. El calificativo es justo ya que, como el autor indica, "... las líneas de este desarrollo están lejos de aparecer claramente dibujadas".

Por una parte y siguiendo la primera línea, el autor coloca al mediano hacendado dedicado realmente a la agricultura y por otra al pequeño maestro artesano. Desde el siglo XVI la agricultura contempló transformaciones parciales pero importantes, ya que en este período se amplió el número de agricultores independientes que rentaban tierra cercada fuera del sistema de campo abierto. Una sección de ellos prosperó y añadió superficies adicionales por medio de compra, renta o la usura practicada sobre sus vecinos más pobres. Este grupo ya usaba el sistema de trabajo asalariado con fuerza de trabajo reclutada entre los desposeídos; además, esta clase parece haber sido la pionera en el mejoramiento de los métodos de cultivo.

Respecto al nacimiento de una clase burguesa entre un sector de los artesanos, Dobb nos dice que éste se dio en el marco del cambio rápido de precios ya señalado en el período, el cual deprimió los salarios reales y ocasionó una inflación por ganancias. Al mismo tiempo, la competencia desatada por el capital comercial, al invadir el área de la producción, dejó pocas oportunidades en la zona más lucrativa del comercio de exportación. Sin embargo, las oportunidades existieron para quienes llegaron tarde y fueron constreñidos exclusivamente al área del mercado interno. Entre el sector de productores, mitad manufactureros y mitad comerciantes, que se ubicaron en este campo, se dieron los cambios realmente cualitativos.

El primer paso consistió en poner en una relación de dependencia a los artesanos mediante el sistema de trabajo a domicilio. Posteriormente, el esfuerzo por abaratar los abastecimientos de insumos alentó una mejor organización del trabajo. Esto provocó a su vez el establecimiento de artesanos dependientes del comerciante, fuera del área de control de las regulaciones gremiales respectivas al aprendizaje del trabajo. La clase semisubjugada quedó totalmente dependiente del comerciante en lo relativo a la obtención del material de trabajo. Sin embargo, hasta aquí la escasa complejidad de los instrumentos de producción no proveía una base técnica para la producción fabril; en consecuencia, el cambio no era tan profundo, ya que los instrumentos de producción todavía eran propiedad del artesano. En el conjunto, parece que durante el siglo XVII la "industria doméstica" en Inglaterra era la forma típica de producción y no la manufactura.

Pero ya en esta época, en aquellas ramas de la producción en las que la técnica se había modificado suficientemente, la producción fabril se hizo esencial. El capitalista comerciante-manufacturero tuvo más interés en promover las mejoras técnicas; además, era el único que estaba en posición de hacer los desembolsos requeridos. En este proceso la creciente división del trabajo abonó el campo para las invenciones mecánicas. Por otra parte, los mismos instrumentos de trabajo se diferenciaron en función de aplicaciones particulares, y con ello se dieron las condiciones materiales propicias para la existencia de la maquinaria.

La pauta de transformación reseñada adquiere en esta etapa una importancia crucial para el crecimiento de una clase capitalista industrial. Si se acepta como válida esta interpretación para el caso inglés, parece explicarse mejor el retardo experimentado en el continente por el nuevo sistema en el momento clave de su transformación de sistema adolescente a

maduro. La precocidad capitalista de países como Holanda, Italia y Francia quedó frustrada en el camino porque, en opinión de Dobb, fue claro que la maduración previa del capital comercial y financiero ahí dada no constituyó ninguna garantía de transformación para la producción capitalista.

Hay otros temas importantísimos desarrollados brillantemente por Dobb en esta obra. Por ejemplo: el proceso de acumulación originaria, la Revolución industrial y el crecimiento del proletariado. Además, su extenso análisis desemboca finalmente, y en forma necesaria, en el examen del presente. Reseñar con cierta seriedad los capítulos que Dobb denomina "el período entre las dos guerras y su secuela", implicaría una reflexión más atenta y un espacio aún mayor.—JORGE DIAZ TERAN CAPACETA.

PROPORCIONES FACTORIALES Y EXCEDENTE DE MANO DE OBRA

Las proporciones factoriales en los países con excedente de mano de obra, HECTOR JORGE GUILLEN ROMO, Escuela Nacional de Economía, UNAM, México, 1971, 156 pp.

El carácter especial —no exclusivo— de la economía mexicana, como país que, por estar en una etapa avanzada de su desarrollo, se halla, en el aspecto internacional, ante una encrucijada de ideales e intereses, a veces contrapuestos, representados por países más potentes en el orden material genera problemas cuya solución o atenuamiento dependen de las relaciones que puedan establecerse entre unas y otras naciones del área, en algunos casos con el fin de acometer o estimular esfuerzos y, en otros, con el propósito de complementarlos en aras de un progreso más general que pueda beneficiar al mayor número de seres humanos. A la cabeza de esos problemas, aún más: afectándolos a todos, figura la falta de tecnología apropiada; existen otros que destacan también por su gravedad, como el endeudamiento externo, la desigual distribución del ingreso, la estrechez del mercado interno y el ritmo insuficiente del empleo.

El autor de esta tesis aborda estas cuestiones y señala que esa ausencia de una tecnología peculiar de los países en proceso de desarrollo que corresponda a las exigencias de éstos "hace cada vez más difícil para dichos países absorber mano de obra suficiente en los polos de crecimiento, con el resultado de que un creciente sector de la población queda desocupado u ocupado en empleos de baja productividad", situación que debe ser corregida en la medida de lo posible. Se precisa, por lo tanto, determinar qué tipo de tecnología contribuye más al crecimiento económico y a la vez impone menos sacrificios para alcanzar los objetivos de producción futura.

El capítulo I trata los aspectos fundamentales de la producción continua, distinguiendo el caso de la función producción sujeta a proporciones variables, y el de la sujeta a proporciones fijas.

El capítulo II trata de fijar las condiciones de oferta de factores que es típica de los países subdesarrollados. La característica fundamental de ellos consiste en que sus reservas de capital y la extensión de tierra cultivable no bastan para dar empleo productivo a toda su fuerza de trabajo. Aun cuando la demanda iguale a la capacidad productiva del país, queda un remanente de fuerza de trabajo que no tiene empleo productivo; el desempleo "disfrazado" o "encubierto" es una característica estructural de las economías subdesarrolladas. El término "desempleo disfrazado" hace referencia a una situación en la cual la retirada de una cierta cantidad de mano de obra no disminuirá el producto total, ya que las formas que adopta el "desempleo disfrazado" son múltiples: excesivo número de personas trabajando en la pequeña

propiedad familiar agrícola, vendedores ambulantes, servidumbre doméstica, etc. Apunta el autor que la solución al problema del empleo habrá de encontrarse en un aumento del *stock* de capital, y/o en una variación de las razones capital-trabajo con que operan los procesos productivos. Se propone también una nueva medida de intensidad de utilización de los factores escasos, que puede ser de cierta relevancia en el estudio de los problemas de elección tecnológica.

El capítulo III examina las posibilidades técnicas de utilización de mano de obra y se manifiesta que hay dos formas de conocer la manera de introducir técnicas intensivas en mano de obra, en las actividades productivas. La primera se basa en el hecho de que toda actividad productiva puede dividirse en procesos técnicos cuyos insumos pueden identificarse y compararse.

La otra forma consiste en recurrir a las investigaciones efectuadas sobre los coeficientes de capital, existentes en diferentes tipos de industrias.

En el capítulo IV se examinan los que se podrían denominar criterios "racionales" de elección tecnológica, haciendo hincapié en la importancia que tienen los precios relativos en el orden de preferencias, respecto a los métodos de producción.

El autor hace constar, asimismo, que aun cuando la inversión extranjera directa es, para los países subdesarrollados, uno de los principales medios de transferencia la tecnología desde los países avanzados, en la mayoría de los casos dicha tecnología no está adaptada a las condiciones de oferta de factores del país subdesarrollado que recibe la inversión, sino a las condiciones prevalecientes en el país desarrollado que la realiza, aunque las subsidiarias de empresas extranjeras muestran cierta inclinación a adaptar su tecnología a la dotación interna de factores del país en que invierten. Alude también a otras circunstancias, tales como la actitud de los consumidores de preferir productos estandarizados, producidos en gran escala, lo que desalienta el uso de los productos hechos a mano; los cambios en la estructura de la demanda hacia los productos nuevos, creados en los países industrializados, que se producen mediante un uso intensivo de capital, producción que todavía es difícilmente asequible para los países subdesarrollados. Asimismo, anota otra dificultad que estriba en que hagan muchas veces el diseño de proyectos, técnicos extranjeros acostumbrados a utilizar tecnologías intensivas en capital, adaptadas a las condiciones de sus países de origen, no a la de aquellos que requieren una clase de asistencia técnica que se adapte a las del país que la recibe y que tenga en cuenta los efectos que a corto y a largo plazo pueda tener sobre la economía el proyecto que se diseñe.

Los capítulos V y VI se destinan al análisis de las diferentes propuestas que tienden a desviar la elección tecnológica hacia el uso de mano de obra o de capital. Se analizan los problemas que se suscitan al respecto y sus efectos sobre la marcha general de la economía.

En el capítulo VII se analizan las posibilidades de introducir diferentes tipos de tecnología en cada uno de los principales sectores de la actividad económica. En el agrícola, se refiere al modelo japonés y, congruentemente, se pronuncia por un creciente empleo de fertilizantes, mejora de semillas, óptima rotación de cosechas, obras de riego, etcétera.

En cuanto a la industria, el autor se muestra acorde con las opiniones de destacados economistas y de organismos internacionales según las cuales los países latinoamericanos deben fomentar la exportación de productos manufacturados altamente intensivos

en el uso de mano de obra, y que puedan ser producidos en pequeña o mediana escala en forma rentable. Con esto no sólo se atacará el ya de por sí grave problema de sus balanzas de pagos, sino que se promoverá una demanda adicional de mano de obra, aliviando el problema del desempleo y del subempleo.

El capítulo VIII está dedicado a analizar las formas o instrumentos para inducir a la selección y utilización de la tecnología. Se recurre a algunos estudios econométricos que han demostrado la influencia de los precios relativos del trabajo y del capital, en esa selección, es decir, se toman en cuenta la influencia del tipo de interés y de los cambios en el salario.

En el capítulo IX se trata de probar que no todas las orientaciones del progreso técnico son igualmente deseables en las áreas subdesarrolladas y que el concepto de eficiencia tecnológica no tiene un carácter absoluto, sino que varía de acuerdo con las condiciones de cada país.

Por último, en un capítulo de conclusiones y recomendaciones, el autor hace hincapié en los puntos de vista a que nos hemos referido. Destaca la necesidad de que se proceda a una revisión general de la política proteccionista seguida por los países subdesarrollados; indica que "no se debe pensar que todas las técnicas que vienen de los países altamente desarrollados son más eficientes: deben tomarse en cuenta las condiciones de oferta de factores, en que se desenvuelven los países subdesarrollados. El progreso técnico neutral es en extremo deseable para nuestros países; no así el progreso técnico fuertemente ahorrador de mano de obra, que eleva la relación capital-producto y empeora la situación del empleo"; es necesario —añade— que nuestros países vayan asumiendo poco a poco un control interno de la velocidad y dirección del progreso técnico. En la medida de lo posible, convendrá no utilizar un tipo de tecnología que no esté diseñada para sus propias condiciones de ofertas de factores, ya que en caso de seguirla utilizando, no se hará otra cosa sino acentuar los problemas, ya de por sí graves, de desempleo y subempleo, que enfrenta el mundo subdesarrollado.—ALFONSO AYENSA.

SOBRE LAS RELACIONES ENTRE EL MARX JOVEN Y EL MADURO

El capital, libro I, capítulo VI, KARL MARX, traducción de Pedro Scaron, Editorial Signos, Buenos Aires, 1971, 194 pp.

El capítulo VI de *El capital* que permaneció durante largo tiempo inédito y sólo en fecha reciente ha sido publicado, aborda de modo bastante completo algunos temas que no fueron tratados sino sucintamente en otras obras de Marx. En especial, cabría hacer mención de la distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo, establecida aquí con mucha sutileza por Marx, en las relaciones de producción específicamente capitalistas.

En el capítulo VI Marx analiza los "resultados del proceso inmediato de producción" capitalista; así, muestra cómo esta producción no es sólo de mercancías, de "células" de la sociedad burguesa; sino que, aún más, produce plusvalía, pero, sobre todo, produce y reproduce las relaciones de producción específicamente capitalistas.

Marx señala de modo claro que en muchas formaciones sociales puede existir un excedente de trabajo que no quede en las manos del productor directo, pero que en la sociedad capitalista esta manera de producir el excedente asume una forma específi-

ca: el enfrentamiento antagónico de "personas que sólo se contraponen en su calidad de *poseedores de mercancías* y sólo en cuanto tales entran en contacto entre sí", es decir, el trabajador asalariado y los medios de producción entendidos como capital. Por ello, Marx señala que "la *función* verdadera, específica del capital en cuanto capital es, pues, la *producción de plusvalor* y ésta... no es otra cosa que *producción de plustrabajo, apropiación* —en el curso del proceso de producción real— de trabajo no pagado". Sin embargo, a semejanza de lo que se apunta en los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Marx establece en el capítulo VI que "no es el obrero quien emplea los medios de producción, son los medios de producción los que emplean al obrero. No es el trabajo vivo el que se realiza en el trabajo material como en su órgano objetivo; es el trabajo material el que se conserva y acrecienta por la succión del trabajo vivo, gracias a lo cual se convierte en un *valor que se valoriza en capital*, y funciona como tal".

Sin embargo de que en el párrafo anteriormente transcrito existe una semejanza profunda con párrafos enteros de los *Manuscritos*, hay también en él una diferencia notable. En efecto, en el capítulo VI Marx habla de que el capital necesita, para funcionar como tal, succionar trabajo vivo, lo cual lo hace al propio tiempo autovalorizarse. El problema no está planteado sólo en los términos fundamentalmente morales en que se hace en los *Manuscritos*. En el capítulo VI, lo mismo que en el resto de *El capital*, Marx introduce, desde el punto de vista del método, consideraciones cuantitativas y no sólo cualitativas; de economía política y no sólo de moral; de ciencia económica en sentido estricto y no sólo de conceptos filosóficos que arrancan de Feuerbach y Hegel; de términos que provienen de Smith y Ricardo y no sólo de la filosofía clásica alemana.

Por ello mismo, se añade en el capítulo VI que "la dominación de los capitalistas sobre los obreros es solamente el dominio sobre éstos de las condiciones de trabajo". Ahora bien, en uno y otro texto Marx establece que se trata de un "proceso de autoenajenación", proceso en el cual el capitalista se encuentra instalado "en el goce" mientras el obrero está colocado en el polo opuesto, a saber, "en el sufrimiento": "La autovalorización del capital —la creación de plusvalía— es pues el objetivo determinante, predominante y avasallante del capitalista, el impulso y contenido absoluto de sus acciones... Contenido absolutamente mezquino y abstracto; que desde cierto ángulo hace aparecer al capitalista sometido exactamente a la misma servidumbre respecto de la relación del capital, aunque también de otra manera, que el polo opuesto, que el obrero".

En tal sentido, puede advertirse con meridiana claridad lo que esta formulación de Marx debe al planteamiento de la relación que se establece, de mutua dependencia, entre el amo y el esclavo, que Hegel ha echo en su *Fenomenología del espíritu*.

Así, pues, el producto de las relaciones de producción capitalistas no es sólo la mercancía; tampoco la plusvalía (aunque, obviamente, se produzcan ambas), sino, aún más: el propio capital y las relaciones de producción específicamente capitalistas. Todo ello engendra, por supuesto, una forma invertida de la conciencia que los voceros e ideólogos de la sociedad burguesa se encargan de difundir. Se presenta, así, "la conciencia enajenada" —*Manuscritos*— el "fetichismo de la mercancía" —*El capital*— o, como se dice en el capítulo VI, la "mistificación del capital".

En este último aspecto, Marx señala cómo incluso la ciencia y el desarrollo cultural en general se presentan como subsumidas, bajo la forma de servidumbre, en la estructura social del capitalismo: "en la máquina, la ciencia realizada se presenta

ante los obreros como *capital*. Y en realidad, toda esa utilización, fundada en el *trabajo social*, de ciencia, fuerzas naturales y productos del trabajo en grandes masas, no aparece ante el trabajo sino como *medios de explotación* del trabajo, como medios de apropiarse del plus trabajo, y por lo tanto como *fuerzas* pertenecientes al capital". Por ello concluye Marx que "las condiciones materiales necesarias para la realización del trabajo están *enajenadas* al obrero mismo, o más precisamente, se presentan como *fetiches* dotados de una voluntad y un alma propias. . . las *mercancías* figuran como *compradoras de personas*".

Aun cuando aquí encontramos de nuevo una clara alusión a problemas que Marx había abordado en los *Manuscritos*, lo cierto es que también, desde el punto de vista metódico, encontramos una diferencia de primera importancia: Marx ha llegado al punto necesario de abstracción y reasume, en toda su necesaria complejidad, el método dialéctico abstractivo de Hegel. En efecto, Marx ha aceptado la teoría del valor trabajo de Ricardo y ha comprendido cómo puede ser analógico el tratamiento metódico de ciertos problemas, lo mismo en la mecánica newtoniana que en la economía política o la filosofía: "para exponer en su pureza las leyes de la economía política se prescinde de las fricciones, así como en la mecánica pura se dejan de lado las fricciones particulares que en cada caso particular de su aplicación es necesario superar".

En el capítulo VI, Marx llama "subsunción formal del trabajo en el capital" a lo que en *El capital* llamará producción de plusvalía absoluta, o sea, la prolongación de la jornada de trabajo, mientras que llama "subsunción real del trabajo en el capital" a lo que llamará "producción de plusvalía relativa" en *El capital*. De esta suerte, Marx entiende que la subsunción "formal" o la producción de plusvalía absoluta no es aún la forma acabada o desarrollada de la sociedad burguesa, pues no se apoya totalmente en el continuo avance tecnológico que desplaza trabajo vivo, genera el ejército industrial de reserva y eleva cada vez más la composición orgánica del capital.

En donde quizá quede más claramente mostrado el carácter contradictorio de las relaciones (de semejanza y diferencia) entre el Marx maduro que escribe el capítulo VI y el resto de *El capital* y el Marx joven, sea en lo relativo a la explicación sobre el trabajo productivo y el improductivo.

Como el fin inmediato y el producto por excelencia de la producción capitalista es la plusvalía y la reproducción, con ella, de las propias relaciones capitalistas de producción "tenemos que solamente es productivo aquel trabajo. . . que directamente *produzca plusvalía*; por ende, sólo aquel trabajo que *sea consumido* directamente en el proceso de producción con vistas a la valorización del capital".

Por ello, aun cuando exista una clara similitud, por la forma de pago, entre todos los trabajadores asalariados, no todos ellos son trabajadores productivos desde el punto de vista del capital, es decir, no todos ellos producen plusvalía y contribuyen a generar y conservar las relaciones capitalistas de producción. Todo trabajador productivo es un asalariado, pero no todo asalariado es un trabajador productivo, pues en algunos casos su trabajo es consumido como *valor de uso* y no como *valor de cambio*, como servicio pongamos por caso, pero no para generar plusvalor, no para intercambiarse por un incremento en el proceso de la producción. Es cierto (y esto había sido señalado ya en *Miseria de la filosofía*) que en la producción capitalista todo o casi todo cae bajo la esfera del cambio y que la época del capitalismo es la "época de la venalidad universal"; también es cierto que todo trabajador asalariado cae bajo las leyes que

regulan el precio del trabajo asalariado, ni más ni menos que cualquier otro obrero. Pero no es menos cierto que esta característica común con el trabajo productivo (el que ambos tengan en común el salario) induce a confusión.

Marx analiza aquí el problema, a diferencia de como lo hizo en los *Manuscritos*, desde una perspectiva plenamente científica, introduciendo la variable de la magnitud, de la cantidad. En efecto, para el caso de las relaciones capitalistas de producción, Milton no es un trabajador productivo, por más que sea un poeta, es decir, el creador por excelencia. Su trabajo, aun cuando pueda caer, en tanto que se le pague una cierta cantidad de dinero, bajo las leyes generales del trabajo asalariado, no es un trabajo productivo porque no contribuye a conservar el capital ni, mucho menos, a acrecentarlo. Un maestro de escuela que enseña a otros no es un trabajador productivo. Pero un maestro de escuela que es contratado con otros para valorizar mediante su trabajo el dinero del empresario de la institución que trafica con el conocimiento (*knowledge monger in institution*), es un trabajador productivo". Aún así, aclara Marx, la mayor parte de los trabajadores de este tipo, es decir, los que intercambian servicios, sólo se "subsumen formalmente" y no "realmente" en el capital, pues "pertenecen a las formas de transición". A partir de aquí, la conclusión es clara: se debe "hacer caso omiso de estos trabajos y tratarlos sólo a propósito del trabajo asalariado, bajo la categoría de trabajo asalariado que no es al mismo tiempo trabajo productivo". La razón es evidente: se trata de *magnitudes* insignificantes en comparación con la masa total de trabajo productivo que se *subsume realmente* en la producción capitalista.

La diferencia, pues, entre trabajo productivo y trabajo improductivo, en el capitalismo, consiste sólo en saber si el trabajo se intercambia por dinero en tanto que *dinero*, o por dinero en tanto que *capital*. La diferencia de esta apreciación con respecto a la establecida en los *Manuscritos* salta a la vista. En este texto, Marx ha tomado en cuenta todo el complejo problema de lo que en el capítulo VI llama "la subsunción real" del trabajo, es decir, el proceso de generación de la plusvalía relativa, con su doble aspecto de jornada de trabajo necesaria y jornada de trabajo excedente; aquí el análisis ha subido de grado: por una parte, se incluye la variable de la magnitud; por la otra, se acepta la teoría del valor-trabajo, premisa necesaria del análisis científico de la plusvalía y, por ende, de toda la sociedad capitalista.

Finalmente, sólo cabe elogiar la magnífica traducción de Pedro Scaron, la pulcritud y precisión de las notas que acompañan al libro y el espíritu riguroso que animó la empresa de poner, en una versión cuidadosa, el texto marxista al alcance del lector de habla española.—JAIME LABASTIDA.

INDUSTRIALIZACION Y SUBDESARROLLO

Un modelo de industrialización para México, FRANCISCO JAVIER PEREZ PIJOAN, Escuela Nacional de Economía, UNAM, México, 1971, 115 pp.

El autor de esta tesis hace constar que los esfuerzos de América Latina para lograr su industrialización, teniendo como objetivo fundamental superar su dependencia respecto del exterior mediante la diversificación de su economía, se iniciaron en el decenio de los treinta, esfuerzos que se intensificaron al terminar la segunda guerra mundial. A pesar de haber logrado una

cierta diversificación de la estructura productiva, no ha sido posible que desapareciesen de las economías latinoamericanas determinados aspectos del subdesarrollo, como son, aparte de la dependencia externa, la desigualdad económica, social y cultural, y la falta de participación social de grupos significativos y también la ausencia de oportunidades. Recuerda la opinión de Sunkel, según la cual el problema fundamental de una estructura subdesarrollada estriba en obtener una mayor capacidad autónoma de crecimiento y una nueva orientación de su sistema económico para satisfacer los objetivos de la sociedad; esto es, que los beneficios del desarrollo sean debidamente asimilados por aquellas capas de población que vivieron hasta ahora excluidas o marginadas.

Señala que hay en los países subdesarrollados una creciente pérdida de recursos motivada tanto por el pago de utilidades, intereses y regalías de las inversiones extranjeras directas, como por el pago de amortizaciones de la deuda exterior en 1969, el servicio del capital extranjero en México excedió, en conjunto, de mil millones de dólares—; asimismo, influyeron en la merma de recursos las transferencias internacionales de ingreso derivadas del deterioro de la relación de intercambio. Todo ello ha venido frenando el proceso de acumulación nacional de recursos indispensables para un desarrollo económico que se baste a sí mismo. Es obvio que si la política de inversiones se basa en ayudas financieras exteriores, se entorpece considerablemente el acceso a la independencia nacional, es decir, a la salida del subdesarrollo, aunque no se excluye la conveniencia de contar eventualmente con créditos externos como complemento de la política inversionista.

Por otra parte, la excesiva presencia en los países en desarrollo de filiales de corporaciones multinacionales con sede en el extranjero, es causa de que las directrices de la política económica de dichas filiales procedan del exterior y escapen al control de las autoridades nacionales, con perjuicio de aquellos sectores que las clases extranjeras dominantes tienen interés en desarrollar y que no siempre corresponde a las conveniencias económicas y políticas de los países en que las mencionadas filiales actúan.

El autor señala que el fortalecimiento del sector industrial —la industrialización— es condición inexcusable para el crecimiento económico de los países subdesarrollados. Examina seguidamente las tasas de crecimiento demográfico de diferentes países, encontrándose, para el período 1960-1965, que el crecimiento demográfico de México ha sido del doble del registrado por los Estados Unidos y Canadá, siendo análogos al de México los de Venezuela y Colombia, en América Latina, y el triple de la tasa de Europa, considerada globalmente. Apunta la situación de subempleo registrada en la República Mexicana e indica que unos cuatro millones de individuos, de los 5.7 millones ocupados en la agricultura, constituyen una mano de obra redundante a la que urge buscar ocupación.

Se refiere luego a la demanda de materias primas, que constituye el renglón esencial del comercio exterior de los países latinoamericanos y subraya la situación de deterioro de la relación de intercambio existente.

Otros temas examinados en la tesis son los relativos a los efectos de la política de industrialización sobre la producción de las nuevas industrias, a las relaciones tecnológicas entre ellas que sean susceptibles de propiciar estímulos adicionales al crecimiento económico, y alude, más adelante, a la programación industrial que consiste, como se sabe, en la formulación de ciertos propósitos u objetivos en el sector secundario y a la determinación de los medios necesarios para alcanzar esos

objetivos, que deben ser compatibles con la programación general de la economía. La programación industrial —agrega— puede presentar modalidades distintas en cuanto a la extensión del campo de acción a que se refiera, dependiendo sus programas de la cobertura geográfica de cada uno y de las posibilidades económicas para realizarlos. En el caso de México, es apremiante impulsar el desarrollo de ciertas regiones atrasadas, programando la utilización e industrialización de recursos no empleados, tanto del suelo como del subsuelo y del mar, fomentando esencialmente la industrialización de la agricultura y el desarrollo de la industria mediana y pequeña.

Hace una selección de lo que, a este respecto, se consideran industrias-clave; subraya la importancia que tiene en México el desarrollo de 28 ramas y actividades industriales, según ha presentado el Banco de México, S.A., en su estudio de la matriz de insumo producto elaborada para 1960. Enumera luego las más fundamentales: extracción y refinación de petróleo y fabricación de derivados de carbón; industria petroquímica, que ha influido en la modernización de la agricultura e incrementado la productividad de la industria; la construcción de maquinaria y equipo de transporte; la fabricación de papel y derivados; la fabricación de productos minerales no metálicos y las industrias metálicas básicas. Incluye también la transformación de diferentes productos agropecuarios, primordialmente trigo, maíz; jabones y detergentes; preparación y conservación de carnes, aves, productos lácteos y otros productos alimenticios; cuero, calzado e industria textil y del vestido. Hace constar la relativa lentitud con que el valor de las exportaciones se acrecienta frente a la velocidad sensiblemente superior, en que se incrementa el pago de los bienes importados, lo que motiva que las importaciones de mercancías como porcentaje de las exportaciones de bienes pasen del 54% al 157%, de 1939 a 1967.

Incluye estadísticas de personal ocupado, valor agregado y capital invertido en la industria, cifras de 1965, y afirma, como ejemplo de perspectiva de desarrollo industrial, que el consumo de acero para 1975 ascenderá, según estimaciones, a 6.5 millones de toneladas y a 9.8 millones para 1980, siendo bastante similares las proporciones en que se espera se incremente el desarrollo de la industria química.

Como conclusión general de su trabajo afirma que una vez seleccionadas las industrias-clave se requiere, a fin de darles impulso, programar las inversiones con base en criterios de optimización en cuanto al empleo de los recursos con que cuenta el país, para lo cual se propone el uso de instrumentos tales como un modelo que metodológicamente sea una combinación del esquema de insumo producto con técnicas de programación lineal, el cual podría determinar los requerimientos de capital, de mano de obra y el crecimiento de otras actividades que las propias industrias clave necesariamente inducirían, previendo los posibles obstáculos al desarrollo industrial.—
ALFONSO AYENSA.

LOS DEDOS DE LOS PIES DE CUBA EN EL CARIBE

Havana Journal, ANDREW SALKEY, Pelican, 1971, 316 pp.

Half a Loaf, Canada's Semi-role Among Developing Countries, CLYDE SANGER, Ryerson Press, Toronto, 1969, 276 pp.

Les Etats-Unis et la révolution cubaine, MANUELA SEMIDEI, Armand Colin, París, 1968, 208 pp.

The United States and the Caribbean, TAD SZULC, editor, Prentice-Hall, 1971, 212 pp.

Cuba se halla permanentemente asentada en el líquido marino del Caribe. Es pasmosa la frecuencia con que se ignora este hecho obvio cuando se discute la experiencia que representa para América Latina. Con La Habana por cabeza, a sólo 90 millas de la tierra firme estadounidense y el imán de Miami, que atrae y repele a un tiempo mismo, los pies de Cuba se asientan en las aguas del Caribe, a únicamente 30 millas de la isla de Hispaniola y la costa de Haití y a 50 millas de Jamaica. Cada vez que la Cuba revolucionaria mueve los dedos de sus pies, ondas de pánico recorren las aguas del Caribe.

Cuba pertenece al Caribe, como Kal Silvert nos lo recuerda acertadamente en el excelente ensayo que publica dentro del libro *The United States and the Caribbean*, en virtud de su historia, estructura social, cultura, relaciones raciales y patrón de dependencia económica y tecnológica de Estados Unidos.

Andrew Salkey, un novelista jamaicano, desde hace tiempo residente en Londres, recuerda al visitar a La Habana para asistir a una reunión del Tercer Congreso Mundial de Cultura, en 1968, que los intelectuales de las Indias Orientales de habla inglesa contemplan con interés cada vez mayor la experiencia cubana. Clyde Sanger, un periodista canadiense, analiza hábilmente las políticas de asistencia canadiense y los problemas de su papel crecientemente paternalista en la Comunidad del Caribe, y señala que Canadá, y no México o Chile, es el único país occidental que continúa manteniendo relaciones activas con Cuba y el resto del Caribe. Finalmente, Manuela Semidei, una experta francesa en ciencia política, ofrece un coherente análisis de las relaciones Estados Unidos-Cuba durante el lapso 1958-1964, y una evaluación de cómo el temor de la difusión del contagio cubano, a través de lo que se ha considerado a lo largo del siglo XX como "el lago caribeño de Estados Unidos", fue un factor importante para quienes formulan la política exterior de Washington.

Empero, Cuba difiere de los demás países del Caribe. Es vital la comprensión de sus diferencias, tanto anteriores como posteriores a 1959, para captar plenamente sus relaciones presentes y futuras. Cuba es la mayor isla del Caribe, la más próxima a Estados Unidos, y su acervo demográfico de 7 millones representa el 25% de la población total del área. Sus recursos naturales básicos, y especialmente su clima templado, así como sus minerales diversificados, la hacen potencialmente menos dependiente del azúcar y del turismo que cualquiera otra isla; debiera ser el país más rico de la zona, con sujeción menor al monocultivo. En otras partes del Caribe abundan las hermosas rocas sobrepobladas con escasa o ninguna tierra arable no cultivada, que carecen de depósitos minerales comerciales conocidos, y tienen poco que ofrecer, como no sean magníficas playas y otros atractivos. Compárese la densidad demográfica de Cuba, de 70 habitantes por milla cuadrada, con 1 200 en Barbados u 800 en Puerto Rico. En tanto que el resto del Caribe debe exportar mano de obra joven no calificada para evitar la perturbación política y el estancamiento económico, Cuba cuenta con la capacidad necesaria para alimentar, alojar y vestir adecuadamente a su creciente población.

En segundo lugar, Cuba se ha aproximado más quizá que ninguna otra comunidad del Caribe a cubrir el pavoroso abismo

entre negros y blancos. Aun antes de 1959, las relaciones raciales en Cuba no mostraron la acrimonia y hostilidad concentradas características de las Indias Occidentales. En parte debido a la preparación, organización y cualidades de clase media de los inmigrantes jamaicanos y haitianos de Cuba, y parcialmente a causa de la historia colonial de los negros y mulatos libres que adquirieron posiciones prominentes, los negros cubanos antes de 1959 a menudo se hallaban separados de los cubanos blancos (pero no eran necesariamente e invariablemente inferiores a éstos). Fidel Castro ha realizado un notable esfuerzo para lograr la integración, estimulado por un éxodo masivo, en los primeros años, de técnicos y hombres de negocios cubanos blancos. La música, danza y ritos afrocubanos se han incorporado a la sociedad cubana y no son mero forraje para el turismo, como con frecuencia ha sucedido en otros lugares.

Persisten los problemas raciales, como acertadamente lo observó Andrew Salkey, que aprovecha su visita a La Habana para conocer a sus primos cubanos, cuyos padres abandonaron Jamaica en los veinte por los pastos más verdes de La Habana. La principal diferencia estriba en que Cuba ha roto decisivamente el eslabón que unificaba raza, ingreso, educación, clase social y poder económico y que aún prevalece en gran parte del Caribe. La mayor parte de los cubanos puede ser pobre, pero los cubanos blancos son tan pobres como los negros, hacen cola en las mismas filas para recibir alimentos racionados, asisten a iguales escuelas, nadan en las mismas playas, hablan idéntico idioma y dialecto, y cada vez es más probable que compartan las mismas camas. El establecimiento del servicio militar obligatorio para jóvenes de ambos sexos, y la conjunción deliberada de personas en edad juvenil en escuelas con pensión y otras instituciones, puede hacer de Cuba, genéticamente, la primera comunidad verdaderamente morena en el Caribe.

Cuba ha demostrado también que la dependencia económica y política de Estados Unidos o, como en el caso de la Mancomunidad del Caribe y las islas de las Antillas francesa y holandesa, de una potencia europea occidental, no constituye un hecho necesario en la vida del Caribe. Sin embargo muchos observadores, tanto de otras partes del Caribe como de afuera, ponen el acento en preguntar si el precio no ha sido excesivamente elevado. ¿Son los soviéticos más magnánimos, inteligentes o flexibles, o menos imperialistas, benevolentes o torpes que los norteamericanos, canadienses, franceses, holandeses o británicos, que han recibido las más acerbas críticas en el Caribe, durante cuatro siglos? ¿Qué el yugo soviético pesa menos que el de Estados Unidos? ¿En ningún lugar del Caribe existen esperanzas de lograr una auténtica independencia, incluso si se trata de las diminutas islas sobrepobladas que contraponen a una gran potencia con otra? Irónicamente, Haití es la isla del Caribe con el menor grado de dependencia, siendo también la más pobre y sujeta al más aprobioso régimen en el área. Sólo en Haití la ayuda exterior es mínima, el comercio exterior no se determina por arreglos especiales preferenciales que aten al gobierno a sus clientes foráneos, y apenas se percibe la penetración cultural extranjera. El Gobierno haitiano se ha vuelto relativamente invulnerable a las influencias y presiones extranjeras, disminuyendo sistemáticamente la magnitud de la economía monetaria (quizá ésta fue más pequeña en 1971 que en 1792), oponiendo las empobrecidas masas negras, con su cultura y valores afrohaitianos, a sus explotadores históricos: las élites y clase media de mulatos, y controlando todas las relaciones con el mundo exterior, para beneficio personal de quienes detentan el poder. En otras zonas del Caribe que han registrado expansión económica, como Puerto Rico, Curazao o Trinidad, ella se ha obtenido a expensas de una masiva inversión privada extranjera sin importante participación local, cuantiosa importación de valores y técnicas y precaria dependencia económica y política.

El otro inconveniente que la experiencia cubana ofrece a sus observadores caribeños, es que no ha podido emanciparse de los grilletes del Rey Azúcar, que es la maldición del Caribe. La caña de azúcar de la región se cultiva generalmente en plantaciones por trabajadores migratorios mal pagados y mal tratados, en tareas agotadoras con el machete para cosechar productos cuyos precios mundiales se hallan sujetos a fuertes fluctuaciones, los que permiten comprar, cada vez menos, bienes de consumo y de capital. El azúcar no es empleo seguro, ni bien pagado, ni digno. A lo sumo, en las populosas islas donde la mano de obra es barata, permite que durante varios meses del año hombres y mujeres mantengan una ocupación remunerada; sin embargo, pese a que la mano de obra del Caribe se remunera indecorosamente, es aún más onerosa que la africana, la brasileña o la peruana y, si no se mecaniza, el cultivo de la caña caribeña se halla condenado a desaparecer. Cuba ha fracasado en la mecanización de dicho cultivo, en elevar el nivel de vida material de los cortadores de caña, o en la localización de cultivos o industrias diferentes. En lo que difiere del resto del Caribe es en que sus oficinistas, intelectuales y políticos son obligados a sufrir la picadura del tábano, el duro esfuerzo de cortar los tallos de caña bajo temperaturas de 90 grados fahrenheit y 95 por ciento de humedad y el cansancio del duro trabajo físico. En la República Dominicana y Barbados, que como Cuba también dependen del azúcar los nativos, blancos o negros, se niegan a cortar caña, lo que obliga a la importación de mano de obra migratoria temporal desde los países vecinos más pobres (de Haití y Santa Lucía, respectivamente). Cuba, al vincular su futuro al azúcar, ha fracasado en dar al Caribe el liderazgo que busca, aunque su doctrina igualitaria ha eliminado de su cosecha fundamental el hedor racial.

¿Cuáles son las posibilidades en vez del azúcar? Puerto Rico ha ensayado la industrialización del trabajo intensivo, basada en el acceso asegurado al mercado estadounidense; incentivos para atraer la inversión privada, y la exportación de puertorriqueños no calificados. Lo ha hecho así mediante una forma de asociación política con Estados Unidos, lo que ocasiona una tensión frecuente, que el resto del Caribe no tiene ni desea. La República Dominicana, Jamaica, Trinidad y Barbados han tratado de combinar el azúcar, el turismo estadounidense, los minerales locales (bauxita, en Jamaica; níquel, en la República Dominicana y petróleo, en Trinidad) y las exenciones fiscales para atraer industrias de exportación. Cada isla ha buscado desesperadamente (sin éxito desde que Gran Bretaña cerró sus puertas) la exportación de la mano de obra no calificada, mientras fracasa en detener el hemorrágico éxodo de sus intelectuales y técnicos. Ha empeorado o no ha mejorado la distribución del ingreso, por motivos raciales y clasistas, y el desarrollo económico no se ha combinado con nuevos empleos o servicios sociales perfeccionados. El ejemplo cubano de independencia e igualitarismo, sólo parece atractivo cuando otros modelos se vuelven inoperantes. Mientras tanto, Estados Unidos continúa cometiendo errores, interviniendo para frustrar la labor de la izquierda no comunista, como en Santo Domingo, en 1965; y dejando de intervenir contra la derecha corrompida, como en Haití, en 1971, después de la muerte de Duvalier, padre, y la sucesión del no menos vil hijo. No ha podido ofrecer al Caribe ninguna perspectiva de desarrollo económico, independencia política y justicia social, mediante una nueva relación con el coloso del Norte. Continúa martillando sobre lo de que la experiencia cubana es un desastre y alentando a otros gobiernos de la región para que mantengan a La Habana a una distancia prudente. A menos que se logre una más efectiva forma de atacar el problema básico del área, un número cada vez mayor de caribeños va a explorar la posibilidad cubana, no tanto como una esperanza, sino como el producto de la desesperación.—AARON SEGAL.

POBLACION, DESARROLLO ECONOMICO Y NEOMALTHUSIANISMO

Dinámica de la población y desarrollo, PAUL SINGER, Siglo XXI Editores, México, 1971, 233 pp.

El profesor Ferreira de Camargo escribe en el prefacio de este libro: "La tesis del profesor Paul Israel Singer pone en tela de juicio la doctrina neomalthusiana que afirma que el crecimiento demográfico de los países del Tercer Mundo es causa de su estancamiento. Presenta hechos e interpretaciones que aclaran, de un modo propio y original, las funciones del crecimiento demográfico frente al desarrollo económico". Sin embargo, esta obra significa probablemente uno de los casos en que una buena intención declarada deviene, en razón misma de la argumentación expuesta, en apoyo precisamente de las tesis que se cree combatir. Esto no quiere decir, desde luego, que en partes aisladas del libro de Singer no haya explicaciones consecuentes con aquella buena intención, sino que es su disposición general la que cae en contradicción.

De esta suerte, vale la pena señalar entre las afirmaciones aceptables y consecuentes de Singer, la que, al citar a Joan Robinson acerca del hecho de que "mientras el producto marginal del trabajo excede el salario, cualquier aumento del número de trabajadores aumenta el volumen total de inversión", indica que el excedente económico (bien) convertido en nuevos medios de producción tiende a contrarrestar la disminución del producto marginal del trabajo debido al propio crecimiento demográfico: "Todo depende, por lo tanto —dice Singer— de la relación entre la velocidad de la acumulación de capital y el crecimiento demográfico". O también cuando asienta que el papel de crecimiento demográfico en el proceso de cambio estructural debe ser evaluado en relación con las posibilidades *internas* del crecimiento de cada nación.

Sin embargo, conceptualmente Singer basa su estudio en unas definiciones mecanicistas, por medio de las cuales expone que el desarrollo económico es aquella etapa en que una economía colonial se transforma en una economía avanzada, concepción ya rechazada por muchos autores que consideran el desarrollo económico como un proceso actual, que no obedece a modelos ya superados por los que pasaron los hoy países ricos sino que enfrenta a los países en desarrollo a nuevas condiciones, más limitantes que las de aquéllos. Además, Singer caracteriza dicha etapa por el dualismo que significa la existencia de dos sectores principales: el sector de subsistencia, con todas las características del precapitalismo y el sector del mercado, dividido a su vez en sector del mercado interno del mercado exterior. En el proceso de desarrollo variará la importancia relativa entre estos dos sectores, con la tendencia a que el sector de subsistencia sea absorbido por los otros dos, aunque en el curso de la exposición Singer los considera como verdaderos compartimentos estancos, separados uno de otro por fronteras casi definitivas.

Asoma también el mecanismo del autor, y su influencia del modelo de su propio país de origen, Brasil, cuando se pregunta "cuál sería el tamaño mínimo de la población para alcanzar una economía razonablemente integrada" y responde apoyando dos citas de otros autores que estiman "100 millones o más", en un territorio superior a un "millón de millas cuadradas", como si las posibilidades de desarrollo de un país dependieran de tal o cual cifra de habitantes o de territorio ya por siempre determinada, y como si el proceso tecnológico así como se ha dirigido a ampliar las escalas óptimas de producción tuviera vedada la tendencia contraria (ya experimentada con éxito notable en la producción de acero, entre otras industrias).

Lo que debería de tratarse, pues, es de condenar el neomalthusianismo por la forma en que desvía la atención de los problemas del subdesarrollo hacia variables que, como la explosión demográfica, son más bien efecto que causa de ese subdesarrollo, ocultando de esta forma la naturaleza viciada de la producción interna al servicio de unos cuantos, apoyada en diversas formas de explotación internacional. Empero, el autor de este libro acepta las bases teóricas nemalthusianas y luego trata de desmentir sus efectos económicos, deducidos de tales bases, con desastrosas consecuencias, desde luego. Valga de ejemplo, uno entre muchos, el caso en que trata de demostrar que la expansión demográfica no afecta la acumulación de capital; para ello toma como ejemplo los casos de las familias japonesas y las mexicanas, éstas con un 70% más de niños que las primeras: encuentra que la propensión a ahorrar es la misma en ambas familias, con lo que demuestra que las tasas de ahorro de las familias japonesas no han sido muy afectadas por la acentuada baja de la natalidad, aunque también podría concluirse en la desventaja de las familias mexicanas que con un 70% más de niños gastan *igual* que las familias japonesas, además de la ventaja que para la familia japonesa significa vivir en una economía más productiva, con un sistema de seguridad social más desarrollado. La conclusión final de tal argumentación sería "con menos niños la rebanada de pastel para cada habitante será mayor, pues la tendencia a ahorrar es inmutable e independiente del tamaño de la familia".

Porque empieza a tener creciente aceptación en México tal punto de vista, nos interesa señalar sólo otro caso de análisis que en el fondo conspira contra un desarrollo autónomo de los países. Nos referimos a la noción, que se refleja en la proyección de políticas económicas con esta errada tendencia, de sostener que en un medio expansivo demográficamente, como en el caso actual de nuestro país, hay que utilizar al máximo técnicas intensivas de mano de obra para poder ocupar a los millones de trabajadores que cada año se incorporan al mercado de trabajo. Pensamos que tal punto de vista es sumamente perjudicial a corto y a largo plazo para los sectores menos avanzados del país, que son los mayoritarios.

En efecto, en una economía cerrada a las relaciones con el exterior podría no importar a corto plazo utilizar masivamente las técnicas intensivas de mano de obra, pues el módulo, la estructura relativa de las actividades económicas se adaptarían a ello (a largo plazo sí sería importante, pues el progreso tecnológico —las técnicas intensivas de capital— multiplica aceleradamente la productividad del trabajo humano y, por lo tanto, acrecienta las posibilidades de una mejor satisfacción de las necesidades sociales). No ocurre lo mismo, es decir, importa mucho utilizar técnicas intensivas de capital cuando la economía es abierta al exterior, pues en este caso insistir en técnicas intensivas de mano de obra causaría una creciente y perpetua dependencia del exterior, más avanzado tecnológicamente, cuya productividad del trabajo siempre sería superior a la interna. En una economía abierta —como la mexicana— no puede aspirarse aún a dejar que "ciertos sectores" o "ciertas actividades" sean intensivas de mano de obra, pues la influencia de la economía extranjera se transmitiría a través del sector avanzado nacional, para concretarse en lazos crecientes de colonialismo interno, como lo atestigua la realidad de lo ocurrido hasta ahora en México. Este colonialismo interno es el reflejo fiel de la dependencia que el país como un todo tiene respecto al polo exterior más desarrollado, multiplicado en razón directa, entre otros factores, por la carencia tecnológica de los sectores colonizados, que tiende a acrecentarse por la naturaleza del propio proceso y por observancia de teorías que recomiendan que en esos sectores atrasados, precisamente los más necesitados de auxilio tecnológico, se utilicen las técnicas intensivas de

mano de obra, sin examinar nunca las actividades avanzadas tecnológicamente que utilizan en gran escala la mano de obra (la electrónica es un ejemplo) sino siempre pensando en las técnicas rudimentarias, en las que el trabajador apenas usa algo más que sus propias manos como herramientas. Lo que se requiere, obviamente, es el reordenamiento de las actividades económicas y el control gubernamental de la tecnología a incorporar desde el exterior canalizándolo a los sectores más productivos socialmente y más necesitados de avance en este aspecto.—JUAN JOSE HUERTA.

UNA APORTACION AL CONOCIMIENTO DE MEXICO POR MEXICANOS

Presente y futuro de la sociedad mexicana, tomo I, *¿Crecimiento o desarrollo económico?* tomo II, *Disyuntivas sociales*, MIGUEL S. WIONCZEK Y OTROS AUTORES, Colección Sep-setentas, Secretaría de Educación Pública, México, 1971, 282 pp. y 310 pp., respectivamente.

¡Otro compendio! ¿Acaso existe justificación suficiente para la publicación de una colección más (y de dos tomos) sobre los problemas socioeconómicos de México? Mientras que acaba de aparecer el tercer tomo del *Perfil de México en 1980* (Siglo XXI Editores), la Secretaría de Educación Pública ofrece una edición barata, que mejora y profundiza muchos de los problemas tratados en los otros compendios publicados en los años recientes. La edición, dirigida por Miguel S. Wionczek, presenta nuevas perspectivas y análisis profundos sobre el panorama mexicano de este decenio.

El primer tomo destaca por las contribuciones de Javier Alejo y Jorge Eduardo Navarrete sobre la política fiscal y la dependencia, respectivamente. A pesar de escribir con más extensión de lo necesario, Alejo presenta con profundidad la evolución del gasto público y —como postre— los rasgos de un análisis extenso sobre el impacto distributivo del sistema fiscal. Después de plantear que "la pregunta básica que surge es si el sector público federal... podrá captar los recursos necesarios, atender tan abultado número de objetivos de alta prioridad... o bien si la negociación de la política fiscal seguirá estableciendo jerarquías arbitrarias de prioridades..." afirma que "este ensayo tiene como propósito mostrar que la práctica real en México no ha obedecido" a la filosofía expuesta por el ex secretario de Hacienda, Antonio Ortiz Mena. Sus cuadros muestran los orígenes y destinos sectoriales de los recursos gubernamentales; el artículo será de lectura obligatoria en todos los círculos dedicados al análisis económico, sea éste académico o político.

Lo mismo puede decirse del ensayo de Navarrete. Planteando tres preguntas básicas sobre los desequilibrios en el sector externo y sus perspectivas, Navarrete demuestra su habilidad analítica y su facilidad en el manejo del idioma, gracias a lo cual presenta un cuidadoso análisis que pone en claro la creciente dependencia mexicana con respecto al capital extranjero. Su reseña de la política comercial destaca la necesidad de buscar nuevas maneras de fortalecer las exportaciones; el sector primario es mucho más prometedor que el manufacturero, por lo menos en el corto plazo. Los servicios tampoco muestran el dinamismo necesario para sanear el creciente déficit en la cuenta corriente. Sus proyecciones para 1970-1975 resultaron conservadoras a la luz de los dos últimos años, haciendo todavía más aguda la carga acumulativa del endeudamiento externo. Junto con esto, nos recuerda el creciente poder y peligro de la

empresa extranjera dentro de la economía mexicana, sobre todo en los sectores dinámicos y de exportación.

Wionczek nos presenta una discusión detallada del endeudamiento externo en su contribución sustantiva a este tomo, que se complementa con otros artículos escritos por Sergio Reyes Osorio y Salomón Eckstein, Bela Balassa y Sergio de la Peña. El de Reyes Osorio y Eckstein es una versión resumida de su conocido estudio sobre el marco macroeconómico del sector agrícola, mientras que Balassa plantea problemas fundamentales sobre la política proteccionista mexicana que parece haber ejercido cierta influencia, dada la estrecha relación de las políticas del régimen actual con las sugeridas por el economista estadounidense.

El segundo tomo, sobre problemas socioeconómicos, abarca temas más específicos. La contribución de Carlos Tello es de interés pues parte de la bien conocida concentración del ingreso para tratar de explicar el "porqué" de ésta. Su presentación de datos del censo industrial complementa los del sector agrícola y del censo de población para mostrar los rasgos de un posible análisis detallado de la dinámica de la concentración. Rodrigo Medellín sigue el hilo más adelante en su artículo sobre el distanciamiento socioeconómico a nivel regional en México; desgraciadamente, estuvo limitado por las debilidades que resultan del manejo de fuentes secundarias para comprobar la agudización de las diferencias entre regiones y grupos en México.

El análisis que Pablo Latapí hace del sistema educativo es, sin duda, una aportación importante en el libro. Presenta no solamente una apreciación de la situación actual y las carencias que existen en los enfoques básicos utilizados para corregirla, sino también un panorama bastante sombrío respecto de "la imprevención del país para afrontar sus problemas". Indudablemente los problemas educativos están agudizados por el crecimiento demográfico y la concentración urbana y regional que también se analizan en este tomo; sus autores son, respectivamente, José Morelos, Luis Unikel y Ricardo Carrillo-Arronte. Finalmente debe mencionarse que Wionczek incluye otro ensayo suyo en el tomo, en el que analiza la naturaleza de la dependencia tecnológica que está restringiendo la libertad que tiene México para solucionar sus problemas económicos y sociales en los años venideros.

Estos tomos representan una gran aportación al conocimiento de México por los mexicanos. Su impacto será mayor que cualquiera otro porque son más accesibles; pero más importante que esto es que introducen una perspectiva crítica del desarrollo socioeconómico reciente. Es claro que los participantes en este proyecto contestarían la pregunta del primer volumen *¿Crecimiento o desarrollo económico?* en la forma más pesimista. Si algunos artículos tienen muchas fallas metodológicas, es de esperar que servirán no solamente como objetos de ataque sino como bases para una mejor apreciación de los problemas fundamentales de México.—DAVID BARKIN.

NOTICIAS

Directorio Latinoamericano de instituciones financieras de desarrollo, ALIDE, Lima, 1971, 240 pp.

La Asociación Latinoamericana de Instituciones Financieras de Desarrollo (ALIDE) ha publicado recientemente la edición de 1971 del *Directorio Latinoamericano de Instituciones Financieras de Desarrollo*.

Este nueva publicación de ALIDE contiene información general acerca de la Asociación Latinoamericana, sus miembros activos y adherentes y su Comité Directivo. El *Directorio* comprende datos sobre más de 180 entidades financieras de fomento de 23 países latinoamericanos. Con el *Directorio* ALIDE se brinda información ordenada y clasificada de instituciones que están dedicadas a la financiación del desarrollo en Latinoamérica. Se cumple de este modo uno de los objetivos principales de ALIDE, que es el de desarrollar entre sus asociados un flujo recíproco de informaciones sistemáticas a fin de cohesionar y fortalecer a dichos miembros, alentar su contribución al proceso de integración latinoamericana y mejorar su acción individual y colectiva.

Los miembros de ALIDE se dividen en activos y adherentes: los primeros son las instituciones financieras de desarrollo públicas o privadas de América Latina, y los adherentes son las entidades internacionales que contribuyen al desarrollo económico latinoamericano y las nacionales no latinoamericanas cuyas adhesiones sean aceptadas.

ALIDE, que es el organismo representativo de la banca de fomento de la región, tiene su sede permanente en Lima, Perú. Cuenta como miembros activos con más de 50 instituciones de 18 países. Son miembros adherentes el Banco Interamericano de Desarrollo, el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (Banco Mundial), el Banco Centroamericano de Integración Económica y la Corporación Andina de Fomento.

Guía Bancaria, Cambiaria y de Comercio Exterior, EDITORIAL KELLY, Colombia, Bogotá, 1971.

Bajo los auspicios de la Federación Latinoamericana de Bancos, se tiró la segunda edición de un libro que ha venido a constituirse en un verdadero instrumento de consulta acerca del funcionamiento financiero y mercantil dentro del área latinoamericana.

La finalidad de esta publicación es proporcionar a los inversionistas y comerciantes de esta zona una información clara y resumida de los sistemas que adoptan cada uno de los países de la misma en las operaciones de cambio, de inversión y comerciales que contribuyan de alguna forma a simplificar los trámites que para concertar convenios se vienen efectuando tradicionalmente.

Sin duda, otro aspecto de esta publicación que resulta de suma utilidad, para los fines perseguidos, es la relación de la mayoría de los bancos que actúan en 18 países latinoamericanos, así como los nombres de los principales funcionarios responsables de los mismos.

Diccionario de especialidades farmacéuticas, Decimotava edición, EDICIONES P.L.M., S.A., México, 1972, 904 pp. y anexos.

Acaba de aparecer la XVIII edición del *Diccionario de especialidades farmacéuticas* que se publica en México desde 1944 y que es de considerable utilidad tanto para los investigadores de la industria químico-farmacéutica, como para los profesionistas que encuentran en él información actualizada de la producción de esta rama.

Se trata de una obra de primera clase, pionera además en el continente americano; en la actualidad, siguiendo lo marcado por ellos, se publican ediciones semejantes en Centroamérica, en la República Dominicana, en Colombia y en Ecuador.